

EL JARDIN DE ACADEMO. / "Nuevo Mundo", Madrid, 24  
julio 1912/

## EL JARDÍN DE ACADEMO

En la homilía que San Basilio el Grande, obispo de Cosárea, su ciudad natal, dirigió á los jóvenes acerca del uso que debe hacerse, para bien del espíritu, de las lecturas de los autores profanos, hablándoles del poco cuidado en que se debe tener al cuerpo, sin atenderle sino como á órgano del alma y en cuanto al servicio de ésta convenga, los decía, tomándolo acaso de Eliano, que también nos cuenta lo mismo, que se decía de Platón que, en vista de los daños provinientes de un cuerpo criado con mimo y exceso, escogió adrede la Academia, ó sea el jardín de Academo, para sus estudios filosóficos, por ser un lugar malsano ó insalubre donde se podaba el bienestar del cuerpo como se podía el excesivo vicio de una viña. Y añadía San Basilio: «he oído á los médicos que es peligrosa una robustez excesiva», aludiendo á una sentencia de Hipócrates.

También yo, por mi parte, he oído más de una vez decir de un niño que se había muerto de exceso de salud, y otras veces, que se murió de puro listo, de que como no le cabía la inteligencia en la cabeza, se lo destrozó. De donde se deduce que no conviene ni ser demasiado sano ni pasarse de listo. Un poco de enfermedad y un poco de tontería no vienen mal. Ya yo mismo he dicho antes de ahora, con el ingenio que me caracteriza, que así como el agua químicamente pura es im potable, así también el hombre espiritualmente puro es insoportable.

La ocurrencia de Platón de escoger—según Eliano y San Basilio—un jardín malsano—probablemente palúdico—para sus ejercicios filosóficos, nos debe hacer meditar un poco. Yo

supongo que sería un lugar en que se pescaba fácilmente unas tercianas, y que Platón debió de caer en la cuenta de la relación que hay entre las fiebres tercenarias y la alta especulación filosófica.

Si tuviéramos, en efecto, la historia clínica de los más grandes pensadores que ha habido, es casi seguro que veríamos que el que no era artrítico era dispéptico; el que no, cardíaco; el otro, malérico; más de uno alcohólico y alguno hasta cretino. Y locos los más de ellos.



Anton

O.C.  
Tomo IX



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA



¿Para qué, pues, empeñarnos en llevar una vida higiénica, si con ello no conseguimos sino que el cuerpo aligüe al espíritu y le ate á tierra? Aunque, acaso, la ventaja que tiene el seguir los preceptos de eso que llaman higiene es que así es como se consigue mejor ponerse uno enfermo.

En España hay bastantes Academias, quiero decir bastantes lugares, más ó menos jardines y de uno ó de otro Academio, lo suficientemente insanos para que quien los frecuente logre dormir á su cuerpo con unas tercianitas ó con unas tifoidas que le obliguen á ponerse al servicio del espíritu especulativo. ¿Por qué no los hemos de aprovechar para los altos fines de la cultura? ¿Por qué no se ha de establecer un seminario de metafísica ó de lógica fundamental, en La Bazagona, pongo por caso de localidad felizmente insana, y donde el mosquito Anofele, portador de la malaria, hace de las suyas?

Es conocido, en efecto, ese mosquito—cuyo retrato agrandado se ve en no pocas estaciones, junto á una cabeza de león anunciadora de un específico antipalúdico.—con el mote de *Anofele*, que quiere decir inútil y también nocivo. Lo de que sea inútil es insostenible, y en cuanto á lo de nocivo...

En cuánto á lo de nocivo, ¡cuántos héroes no debe España á la malaria! Héroes de la acción has á hoy. No me cabe la menor duda de que las heroicidades que llevaron á cabo en el Perú los Pizarros, los Almagros, Carvajal, Centeno, Holguín, Núñez Vela, Orellana y tantos otros aventureros, las cumplieron en verdaderos accesos tercianarios, en estado febril. Abrigo la convicción de que fué la fiebre palúdica, más que el hambre de oro—*auri sacra fames*—lo que les inspiró. ¡Y si ahora convirtiéramos esa fuente de inspiración al campo del pensamiento puro, desviándolo del de la acción, qué no conquistaríamos! ¡Qué de Américas, qué de nuevos mundos del pensamiento no nos están reservados si





sabemos aprovechar debidamente el paludismo! Y quien dice el paludismo dice otra cualquiera de las enfermedades con que la Providencia dotó con tan liberal mano á esta nuestra bendita tierra. ¡Todo antes que parecer de exceso de salud!

La enfermedad es el manantial de los más profundos pensamientos. El hombre sano vive satisfecho de sí mismo y de la vida, y ¿cómo va á descubrir nada que valga la pena de saberse, un hombre satisfecho de sí mismo y de la vida? Y, sobre todo, ¿cómo va á llegar al descubrimiento de la verdad? ¡Imposible!

Debemos poner el más exquisito cuidado en no morirnos ni de exceso de salud ni de exceso de tristeza. Porque todos esos pueblos cuya preocupación mayor es la salud pública y eso otro que llaman ilustración de las masas, acabarán por extinguirse más ó menos tarde, no lo dudemos. Y lo que es más vergonzoso para ellos, se extinguirán por exceso de salud y de ilustración; es decir, cómicamente. Y, hablando con franqueza, entre morirse de alistamiento ó de inanición, vale más morirse de lo segundo, que es al fin muerte trágica, mientras que aquella es cómica. Que se muera uno ante el golpe de una gran desgracia, al recibir una noticia nefasta—como, verbi gracia: que se ha muerto de repente su hijo único,—se comprende y hasta realza al que así se muere; pero morirse de un alegrón, de una buena

noticia, es algo profundamente ridículo, es como morirse de cornada de burro.

Cultivemos, pues, nuestras enfermedades y nuestras, gracias á Dios, numerosas Academias, plagadas todas ellas de mosquitos Anofeles portadores del paludismo, pues así lograremos que nuestro cuerpo sea lo que debe ser, un sumiso servidor del alma, cuya patria no es de este mundo.

MIGUEL DE UNAMUNO

